

I

EL SATÍRICO

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
BIBLIOTECA DE LA FACULTAT DE LINGÜÍSTICA I LINGÜÍSTICA
C/ MURILLO, 2 - 46100 BURJASSOT (VA)

¡Cuánto ingenio, gracia y donaire ha derrochado Clarín en sus paliques! Durante mucho tiempo, toda España ha reído de las ineptias literarias fustigadas por Clarín. En el Madrid Cómico es donde, principalmente, publicó *Alas sus paliques*. Pero no se tengan estos trabajos como cosa insignificante; en ellos, en su fondo, entre sus líneas, hay un espíritu meditativo, culto, que sabe de muchas cosas y tiene una larga experiencia de la vida. No es ésta la sátira de Larra; en Clarín existe un sentido de la oposición espiritual que, si se da alguna vez en Larra, no es de manera sistemática, de la manera que hubiera sido, a vivir más tiempo y a haber visto más cosas. Y esa visión de las cosas espirituales hace que *Alas*, en tanto que se enfrasca en cosas pequeñas, en minucias, no sea nunca chabacano ni dé en chocarrerías desagradables. Un espíritu elegante que juega: ese es el autor de los paliques.

PALIQUE DEL PALIQUE

COSAS pretenden de mí, bien contrarias en verdad, mi médico, mis amigos y los que me quieren mal... que también suelen llamarse mis amigos. El romance de Moratín puedo hacerlo mío, no porque la propiedad sea un robo, sino por lo pintiparado que me viene. También a mí los médicos... espirituales me dicen: «¡No trabaje usted tanto! Es decir, no escriba usted tanto, no desparrame el ingenio (muchas gracias) en multitud de articulejos... no escriba usted esas resmas de crítica al por menor; haga novelas, libros de crítica seria... de erudición... y sobre todo menos articulillos cortos... ¡Esos paliques!...» Pobres paliques. Como quien dice: ¡pobres garbanzos!

Otros exclaman: — «Eso, eso, venga de ahí... vengan *paliques*; *palo* a los académicos; *palo* a los poetastros y a los novelis... *tastros* o *trastos*; en fin, *palo* a diestro y siniestro.» Algunos de los que esto piden deben de creer que palique viene de *palo*.

Yo quisiera dar gusto a todos; pero, mientras

cumplo o no cumplo con este ideal, procuro satisfacer los *pedidos* de los editores de mis cuartillas humildes. Porque aquí está la madre del cordero, como decía un químico, explicando el gasómetro en el Ateneo de Madrid, al llegar a no sé qué parte del aparato.

Si se me pregunta por qué escribo para el público, no diré como el otro, «que se pregunte por qué canta el ave y por qué ruje el león y por qué ruje la tempestad» —que también ruje—, etc., etcétera... Mentiría como un bellaco si dijese que no puedo menos de cantar, quiero decir, de escribir, que me mueve un *quid divinum*. El *quid* está en que no sé hacer otra cosa, aunque tampoco ésta la haga como fuera del caso. ¡Si yo sirviera para notario! Entonces no escribiría, a no ser en papel sellado. Me ganaría miles de duros declarando a troche y moche que ante mí habían parecido don Fulano y Don Zutano, que conmigo firmaban, y otras cosas así que no son de la escuela sevillana, ni plagios del Intermezo de Heine, aunque no sean originales, a pesar de constar en el original, o dígame *matriz*. Pero no, señor; no sirvo para notario. Acabo de presenciar unas oposiciones a cierta notaría vacante en mi pueblo. ¡Qué humillación la mía! ¡Qué sé yo, ni podré saber nunca de aquella manera de doblar y coser el papel (y cobrar las puntadas) ni de *pestañas* y márgenes, y... y no hay que darle vueltas; no sirvo más que para *paliquero*, en mayor o menor escala; la diferencia estará en citar o no citar a los *hermanos Goncourt*, como decía una graciosa caricatura de *Madrid Cómico*, en ponerme serio con los serios y escribir párra-

fos largos y hasta algo poéticos, si cabe, o no ponerme serio ni *adjetivar*, pero al fin siempre seré un *paliquero* más o menos disimulado. Así nací para las letras, así moriré. Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, como dice Sancho.

Lo que no admito es que se sostenga, como se ha sostenido, que quiero formar escuela. Lo que yo quiero formar es cocina. Una cocina económica, pero honrada. Yo no soy rico por mi casa ni por la ajena; *pulso la opinión*, como los diputados; y por conducto de los empresarios de periódicos veo que la *opinión* quiere *paliques* y hasta los paga, aunque no tanto como debiera... pues allá van, ¿qué mal hay en ello? «Que me gasto.» ¿Qué me he de gastar? Más me *gastaría* si me comiera los codos de hambre.

Además, no parece sino que los paliques y sus similares tienen peste. ¿Qué culpa tienen ellos, ni yo, de que muchos lectores necesiten que las ideas con verdadera sustancia, serias *per se*, lleven un rótulo que diga: «¡jojo, esto es gravel!»? Mi amiga, doña Emilia Pardo Bazán, siempre benévola y parcial en mi provecho cuando se trata de mis humildes papeles, reconoce que la seriedad de las cosas ha de ir dentro, y que la formalidad, ella misma lo dice, es cosa formal; pero añade que pierdo no poco para con muchos por tanto paliquear; que si no fuera por eso me tendrían por un doctor en estética; no, y que lo que es ella me tiene... etc., etc. Muchas gracias; pero ni lo de doctor en estética me seduce, ni yo he de escribir jamás para dar gusto a cierta clase de aficionados

a quien (1) detesto, no por nada, sino porque son tontos más o menos instruiditos. Esto de llamar tontos a muchos, ya sé que es cosa antigua, y que en París la última moda entre ciertos críticos de lo que se titulaba antes la *goma*, es hacerse vulgo, pensar como el *burgués* y reírse de los Flaubert, los Goncourt (ya parecieron los hermanos Goncourt) y demás *románticos realistas* que se rían o ríen de los burgueses, pero yo entiendo, como los diputados dicen también, aunque no siempre con exactitud, que efectivamente, ahora y siempre, y sea moda lo que quiera, hay muchos tontos, y que lo son los que se meten a pedir cotufas en el golfo y que todos escribamos *lectorem delectando*, *pariterque monendo*, y largo y tendido y citando todo lo que sepamos y pueda hacer al caso, aunque no tengamos gracia, ni seriedad, ni intención, ni fuerza, ni trastienda... ¡Ah, la trastienda, mi simpática doña Emilia! Hace falta mucha trastienda; una trastienda que sea un almacén de muchas más cosas de las que se ven en el escaparate. El verdadero crítico ha de ser, además de un literato, un *hombre* (macho o hembra); y cuando los demás literatos (o literatas) crean que los está estudiando como tales, debe estar *analizándolos* en cuanto *hombres* también.

Los paliques, pues, no son malos, si hay trastienda; si no la hay, lo serán... como los discursos

(1) A propósito de este quien. Unos señoritos de Valencia me han escrito un anónimo, o mejor, un *pseudónimo*, censurando el quien por quienes. No les he contestado porque ya lo hizo la gramática hace muchos años. Que la lean.

académicos y las *Summas* y las *Óperas omnia*s, que decía el otro, cuando tampoco tienen trastienda.

Así, pues, el que quiera ser franco, que me discuta a mí *per me*, pero no ataque los inocentes paliques, que *per se* no han hecho mal a nadie.

Atáqueseme de frente como un señor que no dice digo sino *Diego*, el cual Diego asegura que unas veces soy un águila, otras veces otra ave, pero siempre una serpiente de cascabel.

Ya Bremón, sin nombrarme, me había *sacado* en muchas fábulas (algunas bonitas de veras) vestido de mosquito, o de hormiga, o de pólipo o cualquier animalejo de poco viso, pero de serpiente no me han visto salir hasta ahora.

Vaya por *Crotalus*; en fin, yo tendré todo el veneno y todos los cascabeles que se quiera, pero digo al señor de Diego y al mundo entero, que los paliques no tienen la culpa de nada, y que con ellos no aspiro a formar escuela ni *crear* un género.

El palique no tiene más definición que ésta. «Es un modo de ganarse la cena que usa el autor honradamente, a falta de *pingües* rentas.» Conque... *paliquearemos*, sin ofensa del arte, ni de la moral, ni de la religión, ni del culto... y clero. Y dispensen mis médicos, mis amigos, y los que me quieren mal.

(De *Palique*.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA EDUCACIÓN DEL REY

LOS niños suelen ser monárquicos; a lo menos en tierras que tienen antigua tradición de realeza.

Esta observación no la hago para preparar mi entrada en el partido dinástico, porque yo soy un posibilista de los que han de seguir siempre con Castelar; y como Castelar no ha de pasarse a la monarquía, yo me contento con declamar como Radamés al final de un acto de *Aida*:

¡Sacerdote, io resto à te!

Bueno; pues aunque yo sea republicano vitalicio (y por ello no me doy tono, como no me doy tono por creer que todos los radios del círculo son iguales), reconozco que los niños, a lo menos en España, casi todos son monárquicos.

Verdad es que algunos republicanos hacen gritar a sus chiquitines *¡Viva la república!* como podrían enseñar a un loro a ser partidario de la democracia pura; bien; pero yo no soy de esos, y reconozco que a los niños debe de entusiasmarles más el poder de un *rey* (que ellos se figuran siem-

pre y *naturalmente* absoluto), que las funciones armónicas, o el templar gaitas de un Cleveland o un Carnot.

Yo tengo un chiquitín de cinco años que anda siempre muy preocupado con las grandezas del cielo y de la tierra, y suele entablar conmigo diálogos del tenor siguiente:

—Papá; el mar, donde es más hondo, ¿le llegará a Dios a las rodillas?

—Por de pronto, Dios no tiene rodillas...

—Y a los reyes, ¿adónde les llega el agua?...

—Algunas veces al cuello; pero no precisamente cuando el Sr. Vallés y Ribot se vuelve a su bufete y el Sr. Sol se pone en *Acuario*... de cerrajas.

—Quién manda más; ¿Dios, o el rey?

—Positivamente, Dios.

—¿Y quién tiene más años?

—Dios también.

—Y quien manda más; ¿tú, o el rey?

—El rey, hijo. Yo no mando nada.

—¿Tú, nunca fuiste mandón?

—Ni lo seré.

—¿Qué fué lo más parecido a rey que tú fuiste en tu vida?

—Lo más, lo más... concejal y catedrático de entrada.

—¿Y por qué te quedaste a la puerta?

—Porque, según el Consejo de Instrucción pública, «no he escrito libros».

—¿Pues y esos veinte y pico que tienes ahí?

—Esos no los ha leído el Consejo.

—¿Hay algún otro que haya escrito libros y no los haya escrito para ese Consejo?

—Sí, hijo; Menéndez y Pelayo, que vale muchísimo más que yo.

—¿Ese es rey?

—No, es sabio.

—Entonces el Consejo, que no sabe leer, ¿será rey?...

—No, hijo; se puede ser rey y saber leer y se puede no saber leer... y no ser rey.

—¿El rey sabe leer?

—¿Qué rey?

—El nuestro. El de los sellos... ¿Sabe leer?

—Pues hijo... no lo sé... supongo que sí.

—¿Y cómo no sabes eso, una cosa tan importante?

—Ahí verás...

—¿Y el rey sabe gramática? ¿Sabe el rey lo que es pluscuamperfecto de subjuntivo como mi hermano el que tiene ocho años?

—No lo sé.

—¿Cuántos años tiene el rey?

—Siete acaba de cumplir.

—¡Ay, qué pocos! ¡Menos que mi hermano el mayor! ¿Y para qué estudia el rey?

—No lo sé, hijo mío.

—¿Pero estudia? ¿Cuántas horas? ¿Qué libros tiene? ¿Le castiga el maestro? ¿Tiene institutriz? ¿Hace gimnasia como yo? ¿Le hacen hablar en francés antes de saber castellano? ¡Ay, papá, qué soso eres! no sabes nada de lo que sabe o no sabe el rey...

Y es verdad. Nadie habla de eso; y lo que tanto deseaba saber mi muñeco, parece que no le im-

porta aquí a nadie. Todos se enteran de lo que el rey cobra, y nadie quiere saber lo que aprende, que el día de mañana puede ser lo que paga.

—¿Para qué? —me decía ayer, hablando de esto mi amigo Tiberio Graco Fernández, rojo de buena fe, y más astringente que el tanino en materia de política parlamentaria; quiero decir, retraído y obs-truccionista como un socio de la tertulia de Esquero—do—. ¿Qué nos importa a los republicanos que el rey se eduque bien o mal, se instruya o deje de instruirse? ¿Para lo que ha de durar la monarquía!

—Mira, Tiberio, replicaba yo; el ser buen republicano no consiste en ver la república en puerta. Yo puedo querer tanto como tú a un amigo ausente, y, sin embargo, dudar si vendrá por la Pascua o por la Trinidad; pues así, el que no cuenta con el triunfo próximo de las ideas que defiende y es consecuente, es más fiel, más leal, tiene más mérito que el que espera la victoria para la mañana siguiente. Los cristianos que siguieron siéndolo después de convencerse de que la vuelta del Mesías iba para largo, acreditaron mejor su fe que los que creyeron que verían a Jesús por las nubes antes de morir ellos en este mundo perecedero... Todo buen republicano debe ser, ante todo, buen patriota; amar la república, no como una fórmula, sino como un bien para la patria; luego el bien de la patria es lo primero: y como el bien del objeto amado debe procurarse con previsión, hay que ponerse en todo, y, entre otras cosas, en lo peor. Supongamos que la monarquía dura y dura... No me dirás que metafísicamente es imposible...

—Metafísicamente... no; pero si hacemos la revolución...

—Como no hagáis la revolución en la metafísica, no me podrás negar que puede durar la monarquía...

—Puede; porque ya no hay caracteres...

—Sea. Como no hay caracteres, puede durar la monarquía; y en tal caso, ¿no importa a todo ciudadano, republicano o monárquico, la educación del rey? Tú mismo has dicho mil veces que un rey, aun constitucional, puede mandar mucho si es listo y enérgico, y es verdad. Sobre todo, en países como España, donde las Cortes se van tras el Gobierno, el rey puede, con sus funciones armónicas, mandar *por tabla* muchísimo. Constitucional o no, un rey bien educado puede hacer mucho bien, y un rey mal educado puede hacer mucho mal.

Pues aquí donde tanto preparamos el porvenir con leyes de mil clases, garantías de todos géneros, ¿quién piensa en ese factor tan importante, como es posible que en lo porvenir lo sea para la suerte de España, la instrucción y la educación del rey? —Se habla mucho (aunque se hace poco) de la instrucción pública, del maestro de escuela. ¿Quién se acuerda del *maestro del rey*? —Se ha dicho que el maestro de escuela venció en Sedán. El maestro del rey puede perdernos en cualquier parte. ¡Cuántas batallas habrá perdido España, que siempre pierde en sus guerras civiles, por culpas de maestros *reales*! —¡Es tan delicada misión la de educar a los reyes! Todo un Bossuet, que escribió un libro inmortal para enseñar las leyes de la his-

toria al *Delfín*, su discípulo, no pudo impedir que el *Delfín* saliera un mala cabeza, que de haber llegado a reinar, hubiera dado grandes disgustos a su patria.

No basta que la madre de un rey sea buena, porque, si bien es muy importante, no es todo, ni con mucho, la educación por la madre.

Los simples ciudadanos tenemos maestros, además de tener buena madre.

¡Cuánto se estudia hoy lo que debe ser, lo que debe hacer el maestro del simple ciudadano!

¡Y nadie piensa, en el Estado, en tomar en serio, con cuidadosa atención, el asunto de la *escuela* del rey!

—Pero esa desidia es mayor culpa en los monárquicos —dijo Tiberio.

—Ciertamente, mucho mayor. Porque ellos deben reconocer que uno de los defectos de la monarquía consiste en lo mucho que hay que dejar al azar de la naturaleza, que puede hacer que sea bueno o malo el que la ley *a priori* elige para rey; y en vez de enmendar este defecto en lo posible, recordando con Calderón que es *posible vencer a las estrellas*, en vez de enmendarlo por el arte de la educación, añaden casualidad a casualidad, azar a más azar; y no ven, ¡insensatos! que en tanto que ellos disputan y se afanan por vanas fórmulas parlamentarias y por cuatro ochavos de menos o de más, la fortuna ciega puede estar preparando en Palacio, con la urdimbre del hábito, de la sugestión y de la herencia, los más graves problemas de la política futura... las vicisitudes de la vida nacional de mañana...

—De modo que, según tú, importa mucho a todos velar por la educación del rey...

—Sí, a todos: a los republicanos, por si acaso; a los monárquicos, por serlo; a España, de todas maneras.

—Según eso... ahí tienes un destino que podría desempeñar sin desdoro un republicano... posibilista.

—¿Cuál?

—El de maestro del rey.

—Claro que sí, cualquier buen patriota... que además fuera buen maestro.

—¿Admitirías tú el cargo?

—Si lo mereciese, con mil amores.

—¡Tránsfuga!

—Si lo mereciese; pero como no lo merezco...

—Bueno; ¡pues tránsfuga, en pretérito imperfecto de subjuntivo!

(De *Palique*.)

SILVELA EN LA ACADEMIA · LA PASIÓN
DE CRISTO POR UN ACADÉMICO (EL P. MIR)

(11 JUNIO 1893)

EL Sr. D. Francisco Silvela ha entrado en la Academia Española, no porque es escritor generalmente correcto, hombre listo y estudioso, aficionado de la erudición histórica; ha entrado como entran todos los políticos: *quia nominor leo*. Si, con valer lo que vale, no fuera además el Tito Labieno del César canovista (Labieno, en efecto; primero lugarteniente, después enemigo), Silvela no sería a estas horas académico... a no ser intrigante y *laudator temporis acti*.

Pero, en fin, no es esto lo que importa. Ahí está, y es claro que sin que nadie le dispute títulos para codearse con sus compañeros, algunos de los cuales no merecen descalzarle, por más que sean bastante humildes para hacerlo.

El Sr. Silvela trató en su discurso de la decadencia del gusto en el siglo xvii. Es uno de esos temas de semierudición a que en España se recurre a falta de una erudición verdadera y prove-

chosa, que no puede improvisarse en nuestro sistema actual de instrucción pública... y privada. En otras partes, en Francia por ejemplo, en solemnidades análogas no se habla del siglo xvii... pero en cambio los académicos, cuando se quitan la ropa de cristianar, y no para ponerse la casaca de ministro, sino el *mandil* del trabajador de archivo y museo y laboratorio, emprenden acerca del siglo xvii, y algunos otros, investigaciones nuevas, con datos positivos, y de los que se saca en limpio algo más que la opinión de un orador parlamentario acerca de los defectos del culteranismo artístico. El Sr. Silvela es discreto siempre, perspicaz, y estas cualidades se muestran en su discurso; pero tiene, como tantos otros políticos metidos a literatos, el defecto de hablar de literatura, como si sólo le hubieran de leer los políticos que no entienden de letras.

Lo mismo que el Sr. Silvela hace el Sr. Pidal, también discreto, también perspicaz y algo leído, pero que no tiene inconveniente en hablarnos de las *tres unidades* como de un dogma auténtico de la preceptiva clásica, y que descubre, como si se tratara de una fórmula electoral, «los tropos de dicción y de sentencia», sin ver que con los *tropos de sentencia* hay bastante para salir *suspense* en un examen de retórica y poética (1).

El Sr. Silvela ha descubierto que el concepto

(1) Esto no quita que Pidal hable de los que apedrean la puerta de la Academia para franquear la entrada. Supongo que no aludirá a los que disparan cañonazos. Estos mal querrán entrar donde no quieran dejar piedra sobre piedra.

del *gusto*, a lo menos el nombre, lo llevaron a la estética los españoles. Refiérase a Luzán o refiérase al P. Andrés, olvida el Sr. Silvela que, por ejemplo, Addison, mucho antes que escribieran el P. Andrés y Luzán, hablaba ya del *gusto* (*taste*), como lo prueban los comentarios de Ruskin. Además, el Sr. Silvela reduce la idea del gusto a un respecto estrecho y negativo, de límite, de medida y proporción, siendo así que la idea del *gusto* abarca mucho más, y ante todo es positiva, directa, cualitativa y no cuantitativa y geométrica. De no entenderlo así, sino como el Sr. Silvela, han venido al arte erudito de todos los tiempos grandes males; a ese concepto limitado y negativo del gusto se debe acaso el que llevase el neoclasicismo la peor parte en su lucha con el romanticismo, a pesar de que en tantas cosas era el primero superior a su contrario.

De todas suertes, el discurso del Sr. Silvela no es una vulgaridad académica como tantas otras piezas de su género; así como la contestación de Pidal es elegante y elevada, viva, y demuestra talento y graciosa malicia. No son sabios, pero son mozos de provecho y que saben presentarse. Para los salones literarios que quiere restaurar la señora Pardo Bazán, ni pintados.

El P. Mir, académico también, ya es otra cosa. Este ya habla en griego, y hasta en hebreo si le apuran, y hasta parece que ha leído su poco de exégesis... según Gottinga, por supuesto. Si fuéramos a creer al P. Mir y un grabado con que termina su *Historia de la Pasión de Jesucristo*, en

Roma se conserva la famosa inscripción de la Cruz con sus tres leyendas; y el Sr. Mir nos da un fac-símile y se queda tan fresco. Este grabadito es un símbolo del valor crítico del libro del padre Mir, obra anfibia, demasiado fría y gárrula para piadosa, y demasiado vulgar y superficial y de erudición de tercera o cuarta mano para científica.

La mayor parte de este volumen, de 630 páginas, parece un modelo para sermones de aldea; es pura hojarasca de falso entusiasmo místico, en que se dan de bofetones giros y modismos imitados de los clásicos con terribles adfesios del autor, *modernísimos* solecismos y barbarismos que prueban que el P. Mir no conoce, v. gr., el significado de verbos como asir, circuir y perdonar, y que a veces hacen sospechar que el clérigo español le tomó al clérigo inglés que recientemente escribió de la vida y tiempo de Jesús, hasta formas gramaticales, buenas en el idioma británico, pero no en castellano.

Hay ocasiones en que es más *nacional* el P. Mir, y es cuando nos recuerda la oratoria de los tiempos de *Fray Gerundio de Campazas*. Así, por ejemplo, llama a Dios condescendiente y habla del *prestigio de la cultura* de Jesucristo. Creo que sea la primera vez que se llame *culto* al Señor y se atribuya su influencia sobre el pueblo judío a sus buenas letras. El P. Mir, siguiendo una costumbre que fué espontánea y disculpable en los primeros siglos cristianos, no vacila en excitar la piedad inventando lo que bien le parece, y habla de la Pasión de Cristo como si hubiera sido él testigo presencial; y no vacila en añadir circuns-

tancias meteorológicas y climatéricas al relato de los evangelistas. Habla, por ejemplo, el P. Mir del mucho calor y del mucho frío que hizo en Jerusalén el día de la Pasión, y ningún evangelista dice palabra a este respecto. Tanta autoridad tiene el P. Mir para tales afirmaciones como tuvo el que inventó la calumnia relativa al soldado romano Pantero. Debiera comprender el P. Mir que nuestros tiempos, después de tanta crítica, no son los más a propósito para añadir pormenores a la leyenda cristiana, ni mucho menos para pretender aumentar los datos auténticos históricos relativos a la narración evangélica. Los tiempos de Eusebio y de San Ireneo nos aventajaban en fe, pero hoy la ciencia ha demostrado que en esas épocas la misma piedad conducía a padecer ilusiones en materia de crítica, como lo demuestra, por ejemplo, el ilustre Zeller en su trabajo acerca de Baur, haciéndonos ver, v. gr., ciertos errores innegables del citado San Ireneo respecto de ciertos monumentos cristianos. Pues si esto hay tocante a esos antiguos escritores piadosos, ¿qué hemos de decir de las demasías de un P. Mir, a quien no disculpa la cándida buena fe con que en tan remotos siglos se sacrificaba el rigor histórico al buen propósito de piadosa propaganda?

¿Qué quiere el P. Mir que pensemos, por ejemplo, de los detalles naturalistas y de novelista psicólogo con que nos describe *el estado de alma* de Judas apóstol momentos después de vender a Cristo y momentos antes de ahorcarse? ¿Cree el P. Mir que esas cosas se escriben A. M. D. G.? Pues no hay tal, porque lejos de edificarnos esos

párrafos de folletín, nos recuerdan cierta famosa profanación de Dumas, padre, en que aparecen los personajes del drama evangélico hablando en diálogos semejantes a los de *Los tres mosqueteros*.

El P. Mir ha oído campanas... Cierto es que siguiendo la huella de Renan, aunque sea con el propósito de servir de triaca, hoy sacerdotes y legos escriben mucho acerca de la vida de Jesús en forma científica y artística, dando a la historia todo lo que es suyo y a la poesía y a la verdad arqueológica todo lo que se puede. En este sentido se ha enriquecido la literatura histórico-religiosa de estos últimos años con obras como las del inglés Eclerchein, a quien el P. Mir conoce, la del alemán Hugo Delff (*Historia del Rabbi Jesús de Nazareth*) y las del P. Didon y el italiano Bonghi.

Pero el P. Mir, si ha querido seguir este camino... no ha medido sus fuerzas. Su libro es deplorable por multitud de conceptos; y mi buen amigo el señor obispo de Madrid-Alcalá, D. José María Cos, antiguo *magistral* en la catedral de Oviedo, tal vez no hubiera dado la licencia que va al frente del volumen, si hubiera reflexionado que no sólo perjudica a la Iglesia quien escribe contra la razón. Se ha dicho: *opportet hereses esse...* pero no que convenga defender a la Iglesia con *herejías* históricas, retóricas, gramaticales y críticas.

(De Palique.)

CÁNOVAS TRANSEUNTE

Mientras yo relato el cuento
de cómo vos conocí.

(N. SERRA.)

NO recuerdo si corrían los últimos días de Abril o los floridos de mayo, ni del año podré decir sino que era uno de los cinco primeros de la restauración de Alfonso XII.

Sobre la calle de Alcalá volaban nubecillas tenues como una espuma de las olas de azul de allá arriba. Madrid alegre, salía a paseo y se parecía un poco al Madrid que soñó Musset, con sus marquesas *à l'œil lutin*, sus toros... embolados, sus serenatas, sus *escaleras azules* y demás adornos imaginarios. Cuando Madrid toma cierto aire andaluz en los días de sol y de corrida, parece lo que no es, y el que ha vivido allí algunos años se abandona a cierta ternura *patriótica*, puramente *madriña*, que no se explica bien, pero que se siente con intensidad. Eran las tres o las cuatro de la tarde; atravesaba el que esto escribe la calle, yendo de Fornos al Suizo, y en la ancha acera,

debajo de los balcones de *La Gran Peña*, vió de cerca, por primera vez en la vida, a D. Antonio Cánovas del Castillo; el cual, olvidado al parecer de cuanto le rodeaba, ponía el alma entera en su íntima plática con una de las mujeres más hermosas que podían pasearse por la corte. Aunque la comparación esté muy manoseada, parecía una virgen de las más bellas del Museo, que había saltado de su cuadro y había salido a tomar el sol por las calles alegres de la villa. Era rubia, más bien alta que baja, muy esbelta, de cabeza pequeña y modelada a lo divino; cabeza en que el oro tomaba un reflejo de aureola. Era una mujer de *ambiente espiritual*; y tanto, que metido en su zona D. Antonio, que se acercaba bastante, también tomaba sus tintes ideales, y a pesar del bigote de blanco sucio y de púas tiesas, y a pesar de los ojos que bifurcan, y a pesar del mal torneado *torso*, y del pantalón prosaico, muy holgado y con rodilleras, no *desentonaba* el grupo por completo, ni mucho menos pasaba a la categoría de chillón contraste.

Como la dama no sé quién era, y en todo caso el ser amado no deshonor, y como el Sr. Cánovas es libre y puede contraer justas nupcias, y, por tanto, usar de todos los derechos que para el ejercicio de ese son necesarios, no habrá indiscreción en decir que a mí se me figuró ver en los ojos del ex presidente del Consejo de Ministros algo muy semejante al amor, si no era el amor mismo. Y tal como la bien avenida pareja de palomas se esponja al sol, o bañando las erizadas plumas en las gotas de lluvia fresca y sutil, y en tanto el

macho arrastra la cola, caracolea y sacude ondulante el cuello hinchado, de donde salen suaves murmullos de pasión perezosa, así Cánovas y la virgen del Museo se esponjaban al sol de la calle de Alcalá, ella, coqueta a la inglesa, él, galán como el más pintado de Lope.

Como el palomo del símil, D. Antonio llegó al extremo de girar en redor de su desconocida (es decir, de *mi* desconocida), no sin tomarla antes una mano, como quien hace que se despide y se queda. No sacudía aquella mano, según la moda grosera de entonces, sino que entre las dos suyas la sustentaba con disimuladas caricias... Y la conversación seguía en tanto animada, pienso que espiritual, pues lo era la sonrisa en ambos. No había allí escándalo ni con cien leguas, que esto tiene el saber hacer las cosas; ningún transeunte paraba la atención en el grupo, ni mucho menos los del grupo en los transeuntes. Sólo yo era allí atento espectador, sin cuidarme de disimular mi curiosidad, pues ni la dama ni el galán veían cosa que no fuera ellos mismos. Llegó el momento de separarse; D. Antonio habló al oído de su amiga, hubo un apretón de manos, *callado*, serio, sentimental por lo fuerte; y prolongando el roce de los guantes con la carne al separarse los dedos, al fin se fué cada cual por su lado, sin volver ninguno la cabeza. El rostro de la hermosa cambió de expresión en seguida, en cuanto dió ella el primer paso calle abajo; la sonrisa ideal había desaparecido; en aquellos ojos y en aquella frente sólo se vió la seriedad prosaica, hasta donde puede ser prosaica una divinidad, de la reflexión fría y aten-

ta. La virgen del Museo se convirtió como por encanto en la *Musa de la aritmética*. A lo menos tal me pareció. Pero no pude seguirla, porque el personaje principal para mí era el otro, Cánovas, que tomó por la calle de Sevilla. Él seguía sonriendo a sus imágenes, llevaba la cabeza erguida, miraba al cielo, y de puro distraído no contestaba a los saludos exagerados de tal cual transeunte que le reconocía. Algunos, después de pasar a su lado, se volvían para admirar no sé si al grande hombre o al gran Presidente del Consejo.

Al llegar a la Carrera de San Jerónimo, torció a la derecha, camino de la Puerta del Sol. Era su andar como el de azotacalles distraído que no sabe a dónde va, ni le importa ir a un lado o a otro. A los pocos pasos atravesó la calle y se detuvo ante el escaparate de la que es hoy librería de Fe, y que entonces era, si mal no me acuerdo, de Durán todavía.

Con la atención codiciosa de una dama que registra detrás de los cristales las joyas acostadas en muelle cama de terciopelo, Cánovas, torciendo un poco la cabeza, gesto de miope, leía los rótulos de los libros nuevos, y tal vez olvidaba un punto las dulces emociones que desde el Suizo venía saboreando. Después que leyó todos los letreros que quiso, dió un paso hacia la puerta de la librería, echó mano al picaporte..., pero lo soltó en seguida, cambió de idea, y siguió andando. Iba como antes, sonriendo; pero su sonrisa era ya más complicada.

No cabía duda; el presidente saboreaba con deleite la vida aquella tarde: me precio de observa-

dor mediano, y aquella mirada vaga y alegre, aquel andar ondulante y otros signos que se ven y no se describen, me revelaban el pensamiento del gran hombre, es decir, del gran Ministro.

Cánovas tiene bastante imaginación para gozar de esa perspectiva espiritual en que hay como una síntesis de los placeres, de la alegría, de los bienes que nos han tocado en suerte. Suele provocar este delicioso espectáculo del panorama de nuestra dicha la feliz conjunción de algunos fenómenos halagüeños que, como en la obra de arte, en la novela, en el drama, se juntan a veces en la vida de tal forma, que se hacen transparentes, significativos y sugestivos a la par; y convertidos en símbolos, y sugiriendo mil ideas de color de rosa, nos llevan al éxtasis egoísta, tal vez el más intenso, que nos tiene amarrados por horas o por días al engaño de ver el mundo como hecho para nosotros, bueno, suave, risueño, preparado por Dios como el escenario de un drama para el interesante espectáculo de nuestra feliz existencia.

Cánovas, sin duda, se contemplaba con deleite aquella tarde en que se daba asueto, y a pie, como cualquiera, recorría las calles, y ora tropezaba con el amor, ora con el arte, con la poesía; es decir, con sus aficiones más intensas, según él, aunque en esto haya ilusión probablemente.

También, para mí, el paseo de Cánovas tenía algo de simbólico, en el sentido más alto en que el símbolo significa tal vez la forma más pura y esencial de las cosas.

Era aquella una escapatoria del hombre de

Estado, del ser oficial, abstracto según la ley, que representa, como un maniquí, personificaciones acaso falsas aun en idea; era la escapatoria del jefe de un Gobierno, que se reconocía hombre en un rato de buen humor.

No todos los jefes de Gobierno son capaces de ser hombres además. Por supuesto, dando al *homo* un valor que no alcanzan la mayor parte de los que, por ser bimanos e implumes, ya quieren entrar en tan rara y elevada categoría. Haced a Romero Robledo presidente del Consejo, y será incapaz de ser ya otra cosa en su vida.

Cánovas, sí; Cánovas es algo más que un político, es decir, más que un artefacto de palo con juego en las manos, en los pies, en el espinazo y en la lengua; Cánovas es además un hombre. Aunque llegara el tiempo fabuloso en que se encargaran de la cosa pública las personas, las verdaderas personas exclusivamente, Cánovas podría continuar siendo político.

Pues bien, aquella tarde sacaba a paseo al *hombre* que lleva dentro del uniforme de ministro, y a los pocos pasos encontraba a la *mujer*, sanción de todo mérito, único premio cierto de toda ambición grande.

No se haría la ilusión D. Antonio de que le querían por su cara bonita, como se dice familiarmente; pero no padecería su amor propio aunque le quisieran por su grandeza, por el brillo de su posición y por la gracia de su talento, de su donosura mundana. Ser amado por lo mismo porque se sirve para modelo de un pintor, podrá ser halagüeño; pero la mujer también sabe apreciar

otras bellezas, especialmente la mujer más digna de ser amada, la que piensa y siente con originalidad y delicadeza, un tanto desprendida de los groseros instintos, superior en parte a la tendencia animal del sexo.

Legítimamente podía D. Antonio ir satisfecho de sí mismo, como un *Don Juan espiritual*, por lo menos... Además, la dicha no se analiza tanto. Todas las cosas, descomponiéndolas demasiado, se reducen a átomos insípidos, incoloros e inodoros. El átomo es una cosa que, de puro insustancial, quizá no existe. D. Antonio no tenía para qué valerse de esa química psicológica que han inventado los taciturnos, los misántropos, buscando la fórmula probable del amor que inspiraba. En parte se le querría por poeta, en parte por hombre rico, en parte por hombre influyente, en gran parte por caballero cumplido, en otra no menor por galán de ameno trato, de conversación chispeante, por perfecto hombre de mundo, que es además hombre de Estado, por orador del Parlamento, por autor del prólogo a *Los dramáticos contemporáneos* de Novo y Colson... ¡Sabe Dios! ¡Se le podría querer por tantas cosas!... El hecho era que se le amaba. No: no tenía cara de analizar en aquellos momentos el ilustre transeunte.

Primero la mujer... después las letras...

(De Cánovas y su tiempo.)